

# 400 Años de “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha” Miguel de Cervantes Saavedra

## Enfermedad, salud y médicos en *El Quijote*

Juan Mendoza-Vega, M.D.<sup>1</sup>

### Introducción

**S**e atribuye a Thomas Sydenham, el célebre médico inglés del Siglo XVII (nació en Winford Eagle, Dorset, en 1624 y murió en Londres, 1689) la recomendación de leer *El Quijote* para quien quisiera un libro en el cual pudiera aprender sobre Medicina. Una frase casi idéntica ponen Rita Monaldi y Francesco Sordi, en su novela “Imprimatur”, en boca del personaje Bedford, un inglés discípulo de Locke y de Sydenham, quien tras un par de observaciones

relativas a la córnea seca como signo de fiebre y al tratamiento de las tercianas<sup>2</sup> y del “histerismo”, pide que digan al médico sienés Cristofano, con quien ha discutido: “Para aprender el arte de la medicina, que lea *El Quijote* mejor que a Galeno o a Paracelso”.

¿Es posible, en este cuarto centenario de la



inigualable obra de don Miguel de Cervantes y Saavedra, encontrar explicación o argumentos para afirmaciones de esa clase? ¿Qué puede verse en esas



<sup>1</sup> Individuo correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Numerario de la Academia Nacional de Medicina de Colombia y expresidente de la misma. Profesor Emérito y Catedrático del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Facultad de Medicina, Bogotá.

<sup>2</sup> Tercianas: una de las clases de fiebres palúdicas o malaria.

páginas venerables, sobre las enfermedades, la Medicina y los médicos de Europa, o al menos de España, en la época de su composición y aparición?

Para responder siquiera de modo parcial a estos dos interrogantes, como intentaré hacerlo en las páginas siguientes, por honrosa designación de la Academia Colombiana de la Lengua y de su Director, don Jaime Posada, fue necesaria en primer término una nueva lectura de la inmortal obra, lápiz y libreta de notas en mano, con ojos y entendimiento de médico pero también con la información recabada en algunas fuentes que permitieran establecer la imagen del gran escenario que sirve de local y ambiente a las famosas aventuras.

### **España en los tiempos del Quijote**

Cuando se gesta "El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha", reina sobre "las Españas" don Felipe II (1527-1598) que sucedió a su padre el poderoso Carlos V de Alemania y I de España cuando éste decidió en 1556 encerrarse para siempre en el monasterio que los frailes jerónimos tenían en Yuste, en la provincia de Cáceres; quizá influido por el desencanto del Emperador, Felipe se empeña en imponer en su corte la rígida y casi fúnebre severidad del traje que contrasta mucho con el derroche y boato de otros entornos reales europeos, además de fortalecer en la Península y en las extensas posesiones de ultramar el respeto por la fe católica romana, que para el efecto cuenta con instituciones tan poderosas como el Tribunal de la Santa Inquisición y el brazo armado de la Santa Hermandad. Cuando la muerte se lleva al monarca, en 1598, lo sucede su hijo Felipe III (1578-1621), varón piadoso e inteligente pero de escasa habilidad política, cuya equivocada gestión inicia la decadencia española y permite sucesivos despoblamientos de villas y ciudades, algunas de las cuales llegan a perder más del sesenta por ciento de sus habitantes en el lapso de veinte años.

Conquistadora de un verdadero Nuevo Mundo, al principio de este período España goza de riquezas no imaginadas y ha comenzado a vivir su "Edad de Oro", que durará hasta la mitad del Siglo XVII y le permitirá tener una posición de visible influencia sobre Europa en lo militar y político —recuérdense las victorias del Duque de Alba en Flandes, la de don Juan de Austria en Lepanto que detuvo el avasallador poderío musulmán— pero también en el arte, con pintores de la talla de Doménico Theotocópulos "El Greco" y Diego de Silva y Velásquez, y en la literatura con Lope de Vega, Pedro Calderón de la Barca y el propio Miguel de Cervantes, para citar solamente a tres de las luminarias.

De las tierras recién descubiertas y en trance de conquista, no sólo llegan metales y piedras preciosas sino abundantes novedades que pronto contribuyen a

cambios fundamentales en la vida europea, empezando por las recetas médicas y las costumbres alimentarias. El tomate, la papa o patata, el maíz, el chocolate, los diversos y picantes chiles, entran temprano y sin dificultad a las mesas y cocinas, al tiempo que sus diversos preparados autóctonos ganan el paladar de conquistadores y colonizadores desde más arriba de Yucatán hasta el Río de la Plata. El guayaco o palo-santo, el bálsamo de Tolú, pero sobre todo la quina o cinchona, ofrecen cualidades tan apreciables para enfrentar enfermedades milenarias como la malaria, que su búsqueda y comercio es uno de los renglones más activos entre la Madre Patria y sus posesiones.

Pero de esa luz, pocos reflejos llegan al pueblo raso español, al campesino que arranca un difícil pasar a surcos cultivados con los mismos métodos y herramientas del medioevo, al hidalgo de pueblo en cuya olla hay de costumbre "mucho más vaca que carnero" y sin embargo, de acuerdo con la organización social tradicional, mantiene con cuidado su ocio que estima ennoblecedor y cultiva un orgullo y un concepto del honor que pueden llevarlo hasta los mayores sacrificios. Porque en esta nación que expulsó de su territorio no mucho tiempo atrás a moros y judíos con la simple razón de que sus creencias amenazaban "la verdadera fe", lo que más se valora es la pureza de sangre y la condición de "cristiano viejo", probadas ambas cada vez que se ofrece mediante expedientes largos y complicados, pero al alcance tanto del rico noble cortésano dueño de título y hacienda suficiente, como de cualquiera otro hidalgo, hijodalgo, hijo de algo sin más ingresos que los pocos maravedíes que puede cobrar precisamente por su condición y mientras no caiga en la tentación de usar sus manos para trabajar.

En los barrios marginales de las ciudades, abundan pícaros de toda especie encabezados por valentones de espada y daga al cinto, cuyo lenguaje salpicado de "hampa", es decir, de expresiones desafiantes y agresivas sin destinatario preciso y por lo mismo dirigidas a cualquier circunstancia, sirve para abrirlas un espacio de temor que usan ellos como medio de vida. Los verdaderos valientes se alistan en los famosos "tercios" que, al grito de "Santiago y cierra España" consiguen una y otra vez hazañas sorprendentes, que en algunos casos se habrían tenido por imposibles; muchos dejan sus huesos lejos del terruño, en sepulturas abiertas con prisa junto a los campos de batalla en lo que ahora llamamos Italia, Bélgica, Holanda, o arrojados por la borda de las galeras o los galeones en algún punto del Mediterráneo, del Atlántico y quizá del Mar Caribe. Otros vuelven, maduros a golpes, lisiados por heridas, atormentados por largos períodos de prisión y esclavitud en países musulmanes, a recorrer los caminos de su patria y encontrarse quizá con que no llega la recompensa que alguna vez les prometieron por sus hechos de armas y se les respon-

de con desapego "busque por aquí en qué se le haga merced" cuando se atreven a solicitar destino en el otro lado del océano.

Como lo han señalado los estudiosos expertos, esa es la realidad en que hinca sus raíces El Quijote, la experiencia que ha vivido Cervantes desde su primera juventud y que necesariamente se refleja en esa ficción que resuelve escribir cuando su edad ya entró en la cincuentena. No forma Don Miguel parte ni está siquiera cerca del estamento superior de la sociedad española, el de los "Grandes de España" titulados, duques, condes y marqueses de rancia aristocracia designados por el Rey, que los llama "primos" y les permite como señal de su distinción permanecer en su presencia con la cabeza cubierta. Tampoco es "caballero" de ninguna de las cuatro órdenes militares, Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa, como sí lo era, en la de Santiago, don Pedro Calderón de la Barca. Tal vez hidalgo, como su hijo literario, y ciertamente letrado aunque no haya constancia de estudios universitarios, escribe don Miguel con su propia vida al frente y así perpetúa su nombre y sus obras.

### La Medicina en Europa, en tiempos del Quijote

Al terminar el siglo XVI, la medicina europea está iniciando los cambios que la traerán a la modernidad. Las enseñanzas y libros de los padres de la Anatomía,



Andrés Vesalio (1514-1564), de la Medicina Interna, Aureolus Teophrastus Bombast von Hohenheim llamado Paracelso (1493-1541), de la Fisiología, William Harvey (1578-1657) y Miguel Serveto (1511- 1553), de la Cirugía, Ambrosio Paré (1509-1590), hacen ya su camino por las aulas de las universidades, donde arde la polémica entre panvitalistas y mecanicistas.

Ese enfrentamiento surge entre los sabios, al principio del Renacimiento, por el afán de encontrar una explicación coherente a las realidades del Cosmos y del Ser Humano, considerado como "microcosmos" dentro de aquel. La explicación tiene que concordar con los dogmas religiosos católicos, y por ello ambos grupos declaran que Cosmos y microcosmos fueron creados por Dios; pero a partir de tal posición, surgen las diferencias fundamentales porque los panvitalistas dicen que Dios creó el Universo como un "inmenso ser vivo", cada una de cuyas partes, estrellas, planetas, objetos todos y por supuesto el Ser Humano, lleva en sí una "fuerza vital" que la hace ser lo que es y tener las cualidades que tiene. Los mecanicistas, en cambio, aseguran que la creación hizo un enorme mecanismo, con sus partes sujetas a las leyes de la física y por lo mismo dotadas con una forma que corresponde a su función. La postura panvitalista apela ante todo a la fe, que permita creer en las invisibles fuerzas vitales, el mecanicismo apela a demostraciones experimentales y cálculos matemáticos para sus explicaciones; no es difícil imaginar que estos últimos ganan partidarios con mayor facilidad que sus opositores.

Los médicos, en gran mayoría, se inclinan hacia el mecanicismo. Aunque persiste la explicación del desequilibrio de los humores, sangre, linfa o pituita, bilis amarilla y bilis negra, como causa concreta de las enfermedades, y por ello persisten también tratamientos como las sangrías y la apertura de "fuentes"<sup>3</sup>, se vuelve importante conocer la forma de los órganos humanos para poder comprender y explicar sus funciones; las disecciones de cadáveres, prohibidas o al menos censuradas por muchos siglos, se abren paso y en algunas ciudades se convierten en reuniones sociales para las cuales se construyen preciosos anfiteatros. Empeñado en mostrar esa realidad que personalmente va encontrando en las disecciones, Andrés Vesalio escribe los "Siete tomos de la estructura del cuerpo humano" (*De humane corporis fabrica libri septem*) y los ilustra con la ayuda de su compatriota flamenco Jan van Kalkar, estudiante en el taller del gran pintor Tiziano Vecellio; la calidad de "la Fábrica" como se conoce la obra es tal, que en adelante será inaceptable cualquier descripción anatómica que no tome en cuenta la novedosa visión vesaliana.

<sup>3</sup> La apertura de una fuente consistía en practicar una herida que luego se irritaba para que produjera pus, ya que esa supuración se veía como la vía de salida para los humores corruptos que hubiera en el cuerpo. Las fuentes solían abrirse en los muslos.

Por su parte y a lo largo de su vida, relativamente corta pero abundante en incidentes casi novelescos, Paracelso adquiere también por experiencia directa una visión diferente sobre lo que deben ser el diagnóstico y el tratamiento de las enfermedades humanas y busca diseminarla, contra la anquilosada persistencia de los médicos que enseñan en las universidades.

Al aplicarlas para el análisis y comprensión del organismo humano y de la enfermedad, Paracelso toma las mencionadas ideas panvitalistas y con ellas elabora -en un lenguaje exuberante, rebuscado y con tintes de misterio, que dificulta notoriamente la lectura e interpretación- una explicación que gira alrededor de los cuatro elementos (tierra, agua, fuego y aire) a los que se unen la "quinta esencia" y tres principios o "sustancias", el azufre (sulphur), el mercurio y la sal. Todos ellos entendidos no como objetos o sustancias sino como fuerzas cósmicas, que tendrán manifestación en las cosas visibles. El ser humano, creado por Dios, es una copia en pequeño del Universo, un microcosmos donde están armoniosamente juntas todas las fuerzas del macrocosmos, que en él constituyen tres "cuerpos": uno bestial o inferior, de tierra y agua, que realiza lo necesario para la vida animal; otro intermedio o sidéreo, de aire y fuego, en el que está lo que da carácter humano al animal (inteligencia, sabiduría, juicio, capacidades artísticas); y un tercero superior o invisible, espiritual y por ello no sometido a la influencia de otros cuerpos cósmicos como los astros, en el cual reposan la libertad y la vida eterna.

Cualquier alteración de las fuerzas cósmicas será enfermedad; sin embargo, lo será no por la alteración de los humores sino porque permitirá el desarrollo de una "semilla" (semen) de enfermedad que puede estar en el organismo desde su comienzo (el semen yliastrum, como en la ictericia o la gota, por culpa de la constitución del individuo) o puede adquirirse a lo largo de la vida (el semen cagastrum de la peste o la fiebre).

Sostiene Paracelso que se puede enfermar de cinco maneras principales:

- 1) Por acción nociva del Cosmos sobre el organismo humano, y el ejemplo son las epidemias;
- 2) Por sustancias tóxicas o alimentos que la fuerza vital del estómago no consigue dominar y por ello dañan a otros órganos;
- 3) Por una disposición congénita o constitucional hacia determinada enfermedad;
- 4) Por acción del pensamiento, la voluntad y la imaginación, sobre el cuerpo;
- 5) Por último, se puede enfermar por castigo directamente enviado por Dios, causa de enfermedad que parece aceptación, no sabemos cuán forzada, de las presiones existentes en el ámbito universitario de la época.

Como puede verse, este hombre genial tiene -a la manera del dios Jano de los latinos- dos caras

opuestas: una vuelta hacia el pasado, la otra enfrentada resueltamente a las novedades del futuro ya inmediato; propone experimentar como medio idóneo para adquirir conocimientos verdaderos sobre la realidad; para sus medicamentos, que él trata siempre de acomodar a lo que le vaya mostrando la experiencia, acude con preferencia a las sustancias minerales aunque también allí muestra condescendencia hacia los derivados de plantas y animales que vienen de la tradición galénica.

La transformación de la Cirugía con el abandono de la "teoría de la pus laudable", según la cual toda herida debía supurar para poder curar bien porque de otro modo los humores corruptos causados por la misma herida dificultarían la cicatrización y podrían aún matar al herido, surge de la experiencia militar y tiene al francés Ambrosio Paré como su figura máxima, aunque en la propia España, como se verá adelante, hay también destacados partidarios de la curación "per primam", sin intervalo de supuración y manteniendo las heridas muy limpias después de que el cirujano las cierra.

La fisiología, en cambio, debe esperar algunos decenios antes de abandonar las ideas todavía mágicas injertadas sobre el humoralismo. En efecto, el inmenso descubrimiento de Serveto sobre la "circulación menor", el camino que la sangre sigue entre el corazón y los pulmones para oxigenarse y retornar a las cavidades cardíacas izquierdas antes de ir desde allí al resto del cuerpo, queda registrado en un libro de carácter teológico cuyos ejemplares son quemados junto con el autor, en la Ginebra calvinista, por lo que el concepto llega al cuerpo médico solo decenios más tarde; y Harvey, descubridor de la circulación mayor, no hará públicos sus trabajos sino después de 1620.

Pero el ímpetu de transformación, que forma parte del Renacimiento, ya vibra en el ambiente médico. Muy pronto surgirán la historia clínica como documento que se conserva a la cabecera del enfermo para registrar los cambios de su estado y de sus signos día por día; también, los primeros instrumentos para medir el pulso y la temperatura corporal, que pasan a ser datos concretos del funcionamiento orgánico. Aparecen las mentalidades anatomopatológica, según la cual toda alteración de la salud corresponde a alteración en la forma del órgano u órganos afectados, y la anatomoclínica, que al considerar localizado tal cambio en la forma, busca los medios para "mirar" los órganos, y pone así la semilla de los exámenes que hoy llamamos "de imágenes": radiografías, escanografías, iconografías por resonancia magnética y varios más.

### Los anaqueles de la farmacia

Cuando se inicia esa renovación intelectual denominada precisamente "El Renacimiento", la preparación de los remedios es tarea lindante con la Alquimia; la realiza unas veces el propio médico que receta y en

otros casos un especialista, el boticario, en cuyas alacenas se guardan simples, vale decir componentes para fórmulas, del más diverso origen; desde los trozos de momias egipcias, los bezoares o “bezares” obtenidos del estómago de ciertos animales y el musgo coleccionado en calaveras de ajusticiados, hasta las tradicionales hojas, flores, raíces y cortezas de plantas cultivadas o silvestres, naturales de la región o traídas desde los más exóticos y lejanos territorios.

Guiado por los textos de Galeno, Cornelio Celso, Avicena, Pablo de Egipto, por las citas de Dioscórides, Saliceto, Nicandro, el preparador escoge la forma de su mixtura para que los simples no se contrapongan, para que los excipientes<sup>4</sup> sean adecuados, pero también para que llegue con facilidad al sitio de acción, y por supuesto, las maniobras de mezclar, agitar, calentar, enfriar, evaporar, destilar, cocer, machacar, extraer, amasar, moldear, colar, y muchas otras, se realicen de modo que fortifiquen el «espíritu» de las sustancias, mantengan o aumenten su “fuerza vital” y quizá se ajusten a las adecuadas influencias de los astros<sup>5</sup>.

## Más de cincuenta

Esa actitud, herencia del Medioevo en gran parte, se refleja en más de medio centenar de “formas farmacéuticas” que estuvieron vigentes hasta comienzos del siglo XIX y que parecen abundantes en exceso a nuestros pragmáticos ojos escasamente familiarizados con la inyección parenteral, las cápsulas, tabletas, comprimidos, jarabes, cremas, ungüentos, soluciones para venoclisis o para gastroclisis<sup>6</sup> y tal vez el supositorio.

Estas formas farmacéuticas pueden agruparse, para su breve descripción, en cinco clases:

### 1. Remedios para beber

Julepe (julepo, julepus)<sup>7</sup>: medicamento fluido, preparado con jarabe de azúcar y un líquido (liquore) adecuado por su acción terapéutica, sin cocción. No es un jarabe porque es menos líquido que éste; la proporción suele ser una onza de jarabe de azúcar por 6 onzas de líquido activo, pero varía según la edad, la necesidad terapéutica y el estado del estómago (ventriculitis) del enfermo. Se tomaba a mañana y tarde.

Apozema (del griego “apizeo”, cocer, hervir): parecido al julepe, aunque la parte activa (raíces, cortezas, hierbas, flores, semillas o frutos) se cuece “en agua

de fuente de río” cuya cantidad queda al arbitrio del farmacéutico, para luego agregar el jarabe de azúcar. Cada dosis no debe pasar de seis y cuando más ocho onzas (cuatro, para los niños).

Caldillos (juscula): en ellos, el principio farmacéutico (extracto de raíces, hierbas u otro) se mezcla convenientemente con el resultado de cocer en agua carne de pollo (pullus gallinaceus), cordero (vervecinae) ternera (vitulinae) o cabrito (caprilla). Se advierte en algunos textos que ciertos enfermos pueden no tolerar esta forma “por debilidad de su estómago”.

Emulsiones: son remedios líquidos formados al disolver la sustancia (medulla) de frutos o semillas, obtenida por machacamiento, en un líquido adecuado hasta que muestre características similares a la leche. Como líquido se podía usar agua destilada, agua de cebada (aqua hordei) o alguna cocción.

Sea este el momento de señalar que la leche figura también, junto con su suero, entre los remedios de la época. Se la llama Lac, Lacte y Sero Lactis. Según Temcke es el líquido (liquor) blanco producido en las glándulas mamarias “a partir del quilo”; este autor anota muchas diferencias entre las leches, considera la de origen humano como la más adecuada. Desestima la de cabra, por tener consistencia mediocre y ser menos húmeda (sic) que la humana; dice que la de oveja, más grasosa y con menos suero, abunda en queso (caseum); la de vaca, grasosa y espesa, abunda en mantequilla; la de burra, clara y serosa, abunda obviamente en suero.

Respecto a las Tisanas, en algunos tratados se las confunde con las Hordeatas, Hordiatos u Horchatas. En otros, por el contrario, se admite que aquellas pueden estar preparadas —como bebidas que son— con diversas sustancias, entre ellas las famosas cortezas de quina (para las “fiebres tercianas”, cuartanas y otras fiebres intermitentes), la zarzaparrilla (salsaeparillae) y las raeduras de cuerno de ciervo para tratar disentería “de causa cálida”.

La Hidromiel (hidromelite, hydromel), mezcla de miel con agua, a la cual se hace hervir y se desespuma, corresponde al antiguo “melicratum”; puede ser simple, que a su vez será acuosa o diluida (una parte de miel y 3, 10 o 12 de agua) y vinosa (porque la proporción de 1 a 4 le da sabor y color de vino) pero también la hay compuesta, es decir, con otra sustancia activa agregada.

El Boqueto (bocheto, Bochetum) es bebida para quien necesita dieta por largo tiempo. Se prepara po-

<sup>4</sup> Excipiente: sustancia, presuntamente no medicinal, que se usa en la preparación de un medicamento para facilitar la mezcla de los “simples” activos, dar la consistencia adecuada al preparado, hacerlo más fácil de ingerir o más agradable para el enfermo.

<sup>5</sup> A este respecto, ver “Lecciones de Historia de la Medicina”, Juan Mendoza-Vega, segunda edición corregida y aumentada, Ediciones Rosaristas, Bogotá 2004.

<sup>6</sup> Venoclisis: inyección endovenosa. Gastroclisis: paso de líquidos, alimentos o medicamentos, por una sonda hasta el estómago.

<sup>7</sup> Los nombres entre paréntesis están en el latín médico de los siglos XVI a XVIII.

niendo en infusión por doce horas la sustancia adecuada (que puede ser media onza de zarzaparrilla cortada en pedazos pequeños) para luego cocerla hasta que se consuma la tercera parte de las diez libras de agua con que se inicia el proceso; enfiada, se cuele y se da "por bebida ordinaria".

El Jarabe (syrupo) por su parte es resultado de la cocción de jugos de hierbas u otros medicamentos con azúcar, hasta que toman la consistencia adecuada. La proporción es 1 libra de azúcar por 3 del principio activo.

Las Pociones (potio, Potione) resultan de mezclar infusiones, cocciones o soluciones entre sí, a veces con adición de agua pura "de fuente" o agua destilada.

## **2. Remedios para tragar o comer**

Entre los medicamentos para tragar, algunos corresponden bastante a los que hoy llevan esos nombres. Tal el caso de Polvos (pulveris) a los que debe anotarse que los había también para uso externo, Tabletas (Tabellae, Tabellarum) cuyo principio activo se cocía con azúcar hasta que endureciera, se extendía sobre superficie plana y se cortaba en los trocitos que el nombre indica, y Píldoras (pillulae, pillularum) que a fuerza y maña de dedos redondeaba el boticario para que se tragaran luego enteras.

Electuario: es la pasta espesa de dulce de frutas a la cual se agrega en polvo el medicamento, para luego amasarla y darle formas diversas.

El Opiato (Opiata), de consistencia blanda pero no fluida, es mezcla de sus ingredientes (jarabe, polvos, conservas, electuarios y otros) en proporciones adecuadas, sin cocerlos; aunque el nombre sugiere otra cosa, por lo regular no contenían opio ni similares.

Algo más sólido, el Bolo (Bolus) se prepara como el opiato y se traga por trozos (morcellos deglutatur).

El Lincto (Linctus y, en árabe Loch) es de consistencia intermedia entre el jarabe, más fluido, y el opiato, blando. Se compone agregando un polvo o una cocción al jarabe.

Y el Masticatorio (Masticatoria, Masticatoriis) ya definitivamente sólido, debe mantenerse en la boca masticándolo. Curiosamente, fue ésta una aceptada categoría para las hojas del tabaco, recién llevado de América.

## **3. Remedios para introducir**

Vienen ahora los medicamentos para introducir en las diversas aberturas corporales. Marcha en primer término, por obvias razones, el famosísimo Enema o Clister (clyster, clysterium, clysteribus), cualquier líquido que se introdujera por vía anal con las jeringas apropiadas y que, a más de ocupar con sus descripciones y fórmulas hasta quince páginas de apretados tipos, salieron a la literatura, el teatro, la pintura y otras formas del arte de la época.

Supositorios (suppositorio, suppositorium) para vía anal y Pesarios (Pessario, Pessarum) para la vaginal, eran sólidos cilíndricos u oblongos, "como el dedo de una mano".

La calidad del polvo, para el estornutatorio (Sternutatoria, Sternutatoriis) y de líquido para los Narifusorios (narifusoriu) y las Errinas (Errhinis) eran características; el narifusorio se aspiraba por la nariz, la Errina se introducía en ella con una pluma de ave.

## **4. Remedios externos para aplicar**

Los medicamentos para aplicar externamente son abundantes en la época. Los encabeza el Colirio (Collyrium) tópico para los ojos; se advierte que si bien esta clase de medicamento puede tener forma líquida, de polvo, linimento o cataplasma, "solamente el líquido se llama apropiadamente colirio".

Epitemas (Epithema, Epithémate): eran medicamentos sólidos o líquidos para uso externo. Los líquidos se preparaban con agua hervida o sola, a la cual se agregaban los medicamentos adecuados (polvos, electuarios) y para hacer el conjunto más penetrante, jugo de limón, vinagre, vino o "agua espirituosa" que probablemente era algún licor; las instrucciones de uso decían empapar una tela, preferentemente un paño de color escarlata o un lino grueso, y colocarlo así sobre la región indicada; en algunos casos al retirar el epitema se indicaba la colocación de linimentos, aceite o un bálsamo, por ejemplo el bálsamo de Perú. Para elaborar los Epitemas sólidos se apelaba a las conservas, confecciones, polvos y jugos mezclados con agua o con jarabe en cantidades adecuadas.

Conviene aquí comentar que, según el Diccionario de la Real Academia Española en su edición de 1780, página 421, la palabra Epítima "en su riguroso sentido vale lo mismo que sobrepuesto y confortante; pero comúnmente se toma por la bebida, o cosa líquida, que se aplica para confortar y mitigar el dolor"; el mismo diccionario da como sinónimo el término Píctima, que es el que Sancho Panza (II – LVIII – 985) utiliza para referirse elogiosamente a "doscientos escudos de oro que en una bolsilla me dio el mayordomo del duque, que como píctima y confortativo la llevo puesta sobre el corazón".

Fomentos (Fotus, Fomento) y Lociones (Lotiones). Ambos son remedios líquidos, elaborados mediante el cocimiento de raíces o hierbas en un líquido que podía ser agua pura, agua mezclada con vino, leche o algún otro. Para que penetrara más fácilmente se le agregaba vinagre en las enfermedades cálidas y vino blanco cuando se trataba de enfermedades frías. Su aplicación se hacía con un lino grueso doblado en dos, un paño de lana blanca o una esponja. En las fuentes consultadas no fue posible establecer la diferencia entre los fomentos y las lociones pero en Colombia, a comienzos del Siglo XX, se llamaba fomento a una

preparación que se aplicaba caliente, mientras las lociones eran siempre frías.

A la mezcla de vinagre y agua o aceite de rosas, a veces con otro medicamento, se le llamaba Oxirrodino (*Oxyrhodinum*). Su aplicación sobre la región afectada se hacía tomando la precaución de entibiárselo suavemente.

El Frontal (*Frontali*), era un medicamento tópico que, puesto entre dos lienzos, se colocaba sobre la frente y las regiones temporales. Usualmente se componía con flores o plantas machacadas (*contusis*) y maceradas en vinagre; a veces se agregaba también un ungüento, polvo, albúmina de huevo u otra sustancia semejante.

El Linimento (*Linimentum*), tenía consistencia más espesa que los aceites pero más líquida que los ungüentos; su composición se hacía con dos partes de aceite, una parte de "enjundia"<sup>8</sup> o mantequilla y un polvo medicinal adecuado, generalmente un dracma del mismo. Se advertía no utilizar cera "porque tapa los poros de la piel".

En cuanto a los ungüentos (*Unguentum*), son medicamentos tópicos elaborados con aceite, grasa, resina, médula (*medullis*), cera, polvos, etc., de consistencia más firme que el linimento. Se anota que la proporción debe ser una cuarta parte de sustancia activa sólida (polvo, cera) por cada parte entera de aceite o grasa. Si había necesidad de usar algún medicamento que estuviera solo en forma líquida, se debía mezclar primero con el aceite y hervir "hasta que se consuma el líquido".

Ceratos (*Cerato, Ceratum*). Estos medicamentos tenían como base la cera, como indica su nombre, y consistencia intermedia entre el emplastro y el ungüento. Podían hacerse agregando aceite, en este caso la proporción era aproximadamente una onza de aceite, 1 a 10 dracmas del polvo medicinal y 10 onzas de cera.

En cuanto a los Emplastos (*Emplastro, Emplastrum*), eran medicamentos más espesos y viscosos que los ceratos, y por ello solían adherirse fácil y fuerte a la piel. Su preparación se hacía con medicamentos en estado seco, a los cuales se agregaba aceite, resina, grasa, goma, cera o algo semejante. Para una onza de aceite irían 6 dracmas de sustancia seca activa y diez onzas de cera; si se usaba también grasa, se disminuía el aceite a la mitad para completar con aquella.

Las Cataplasmas (*Cataplasma, Cataplasmate*) eran medicamentos externos elaborados con raíces, hojas, semillas o flores "como para fomento", que se ponían a cocer hasta que estuvieran muy blandas (*ad putrilaginem*), luego se rompían y se machacaban en el mortero y se les agregaba un polvo, por ejemplo 3

onzas de harina, y aceite o grasa (*axungiae*), en proporción de 2 a 3 onzas. Podían hacerse también con corteza de pan tostada, macerada luego en vino y mezclada a los polvos de la sustancia activa; o también con miga de pan empapada y medio cocida en leche, a la cual se agregaban claras de huevo, azafrán (*crocum*) y a veces aceite de rosas.

El Droprax (*Dropax, Dropace*), era un emplastro con pimienta, aceite y otras sustancias como euforbio, castóreo, azufre, salitre (*sal petrae*) o cenizas de vid.

Para los Vejigatorios (*Vesicatorio, Vesicatorium*), a un Emplastro se agregaba una sustancia vesicante, especialmente el polvo de cantáridas, y se prefería el preparado con las alas y cabezas de tales insectos.

Tal vez similares a las lociones eran las Infusiones (*Embrocaciones*), preparaciones líquidas con las cuales se empapaba un liencillo y se pasaba levemente sobre la parte afectada, exprimiéndolo con suavidad para que el líquido cayera sobre aquella.

## 5. Otras formas de uso externo

En este último grupo se colocan los baños en general, que eran de cuatro clases principales: baños, semibaños, baños de vapor y vapores. Igualmente las fricciones.

Los baños (*Balneum*) consistían en la inmersión de todo el cuerpo, desde la cabeza abajo, en un líquido. Este podía ser agua pura tibia, aceite puro, leche o agua con aceite.

El baño de agua dulce fría era muy recomendado especialmente para conciliar el sueño y aliviar la fatiga de un largo viaje (*longo itinere fatigatis*). Se usaban también baños de vino, de agua termal y los baños compuestos, que eran baños de cocimientos diversos, de raíces, semillas o flores.

Su diferencia con los semibaños (*Semibalneum, Semicupium*) era la porción del cuerpo que se sumergía; en estos últimos, se llevaba el líquido sólo hasta la boca del estómago (*usque ad os ventriculi*).

El baño de vapor (*Stupha, Sudatorium, Laconicum, Vaporarium*), como su nombre indica, consistía en someter al cuerpo a la acción de un vapor; estos baños podían ser húmedos (similares al moderno baño turco) o secos, que asimilaríamos a la sauna de hoy.

En cuanto a los vapores (*Suffitus*) eran medicamentos secos o húmedos que por el calor o el fuego exhalaban olores (aromas, olores) adecuados, que el enfermo debía aspirar.

Las fricciones o uncciones (*Frictiones, Unctio*), por último, tenían consistencia similar al ungüento, pero con ellas se elaboraba además un lemnisco y su aplicación se hacía frotando con el lemnisco empapado

<sup>8</sup> Grasa de animal, casi siempre de gallina.

en la sustancia la parte adecuada, por ejemplo la frente o las sienes del enfermo.

De esta abundancia de rutas para administrar medicamentos, apenas se mencionan en El Quijote bálsamos, clísteres, ungüentos, unciones y purgas, como se verá adelante.

### La Medicina en España

Aunque sin el impulso evidente en otras naciones, también España ostenta a partir del Renacimiento una panoplia de médicos y cirujanos que se empeñan en sacar a su profesión de las ideas medievales y la mentalidad "humoralista" heredada de Hipócrates y Galeno. Basta citar como ejemplos magníficos a los cirujanos Dionisio Daza Chacón (1503-1596), el sevillano Bartolomé Hidalgo de Agüero (1530-1597) y Pedro López de León, quien por cierto vivió gran parte de sus años en Cartagena de Indias; a los anatomistas Juan Valverde (ca. 1525 – ca. 1588), natural de Amusco, provincia de Palencia, y Bernardino Montaña de Monserrate; a Francisco Vallés (1520-1592) natural de Covarrubias, maestro en Alcalá y a quien otorgó su ilustre paciente el Rey Felipe II el sobrenombre de "El Divino"; a Luis Mercado (1520-1606), gran clínico vallisoletano; a los humanistas Andrés Laguna (1499-1560), segoviano, Miguel Serveto (1511-1553), Juan de Dios Huarte y Navarro (1529-1589); y a dos personajes no médicos que si embargo se ocuparon de anatomía humana desde sus propios campos del saber: el pintor y arquitecto Juan de Arfe y Villafañe, y el muy famoso Fray Luis de Granada.

A Valverde se debe una "Historia de la composición del cuerpo humano" aparecida en Salamanca (1556), en la que rinde explícito homenaje a Vesalio como máxima figura de la moderna anatomía, pero no vacila en mostrar que su obra corrige los errores de la monumental "De humanae corporis fabrica libri septem" vesaliana y para ello usa algunas de las ilustraciones de ésta, redibujadas con evidente maestría y sentido artístico por el pintor Gaspar Becerra (discipulo de Alonso Berruguete y de Miguel Angel) y grabadas en cobre, junto con otras que son idea del propio Valverde, por Nicolás Beatrizet.

Como se usaba por entonces, Valverde inicia su libro con algunas explicaciones que juzga pertinentes; afirma que "siempre lo seguiré (a Vesalio) en estas materias, excepto en cuanto al orden de las descripciones y en otras en las que él ciertamente puso menos diligencia de la necesaria", y luego señala: "Aunque algunos de mis amigos opinan que debería yo hacer

dibujos nuevos en cambio de usar los de Vesalio, prefiero no hacerlo para evitar confusiones, porque no sería fácil saber cuánto estoy de acuerdo o en desacuerdo con él, y sus dibujos están de tal modo bien hechos, que parecería mala voluntad o envidia el no usarlos". En cambio, dice, trabajando sobre esos dibujos le ha quedado fácil hacer las correcciones, a las que por lo demás se refiere siempre con claridad en las explicaciones (hoy decimos leyendas o pies) de sus figuras. El destacado escritor Félix Martí Ibáñez consideró mérito especial de Valverde la riqueza y expresividad del idioma castellano que usó en su obra, salpicado de términos y modismos del habla popular.<sup>9</sup> Buena idea de la importancia que en el mundo médico se concedió a la obra de Valverde, la dan las ediciones que en otros idiomas se hicieron de ella sin mayor demora: dos en italiano (Venecia, 1560 y 1586), una en flamenco (Amberes, 1568) y dos en latín que era el idioma científico de la época (1589 y 1607).

La vida de Miguel Serveto o Servet (1511-1553), descubridor de la circulación pulmonar o menor, ha sido objeto de numerosas publicaciones importantes tanto en castellano como en francés y otros idiomas; tiene, en efecto, características novelescas que culminan en atroz muerte por orden del gran líder religioso ginebrino Jean Calvin o Calvino. Natural de Villanueva de Sijena, provincia de Huesca, estudió humanidades y leyes pero se interesó especialmente por los temas de religión y de teología, pues había perdido la fe católica y adoptado la posición protestante, aunque sin sujetarse claramente a las peculiaridades dogmáticas de ninguno de los varios líderes de tal confesión. Tuvo que exiliarse de España y refugiarse sucesivamente bajo el nombre de Michel de Villeneuve en Basilea, Estrasburgo, París donde estudió medicina y quizá fue compañero de Vesalio, Lyon y Vienne, pequeña ciudad del Delfinado; llevaba vida solitaria, dedicada a estudiar y escribir, pero su obra "De Trinitatis erroribus" publicada en 1531 le valió censuras y expulsión de todas las iglesias de la Reforma. En defensa de sus puntos de vista escribió y publicó clandestinamente en 1553 su "Christianismi Restitutio" y se atrevió a plantear una polémica con Calvino, quien no solamente le respondió con dureza sino llegó a declarar heréticas sus afirmaciones; pero el obsesionado Servet viajó disfrazado a Ginebra, fue descubierto, enviado a prisión y como se negara a retractarse, quemado vivo junto con sus obras en una hoguera de leña verde, según disposición del propio Calvino, en octubre de 1553.

Por fortuna, unos pocos ejemplares de sus libros se salvaron en manos de intelectuales tanto católicos

<sup>9</sup> Ver "Medicine in the Spain of Don Quixote", en "Centaur, essays on the history of medical ideas", Félix Martí Ibáñez M.D., MD Publications Inc. New York 1958.

como protestantes y así se pudo saber que, al tratar de mostrar la sangre humana como la vía por la cual Dios se comunica con los seres humanos, Servet practicó estudios anatómicos y disecciones que le permitieron describir con detalle y por vez primera en Occidente la circulación pulmonar o menor.

Bartolomé Hidalgo de Agüero, sevillano (1530-1597) se inspiró en un texto de Galeno para proponer, simultáneamente con el “padre de la Cirugía” Ambrosio Paré y probablemente sin conocer la obra de éste, el método llamado “vía seca” para tratamiento de las heridas, incluyendo las causadas por proyectiles de arma de fuego que algunos contemporáneos suyos creían envenenadas por la pólvora. Ese tratamiento consistía en interferir lo menos posible el proceso de la naturaleza en la herida, abstenerse de provocar la supuración y buscar en cambio la cicatrización “por primera intención” manteniendo la herida limpia, con cambio diario de los vendajes y aplicación de sustancias emolientes, por ejemplo mezclas de aguardiente, clara de huevo y mirra.

También cirujano, Dionisio Daza Chacón (Valladolid, 1503-1596), igualmente opuesto a cauterizar las heridas con aceite hirviendo para estimular la “pus laudable”, fue médico militar en la flota que mandaba Don Juan de Austria y que obtuvo la magnífica victoria de Lepanto en 1571; se dice que en tan memorable ocasión, fue él quien trató la herida que sufrió en el miembro superior izquierdo un valiente soldado de apellidos Cervantes y Saavedra.

Nacido en Covarrubias, cerca de Burgos, Francisco Vallés (1520-1592) se doctoró en la Universidad de Alcalá y fue reconocido como erudito sin par, hasta el punto de que se le llamaba “el Galeno español”; se anticipó a Francis Bacon en el elogio del método experimental y a Renato Descartes en la insistencia sobre el uso de un “escepticismo metódico” para el análisis de las observaciones y la búsqueda de la verdad. Escribió numerosas obras importantes, tanto médicas como filosóficas, entre las que conviene citar el “Comentario sobre las orinas, los pulsos y las fiebres” publicado en Alcalá (1565) y el “Método de curación de Francisco Vallés” (Madrid, 1588), ambos en latín. Fue médico de Felipe II y consiguió aliviar al Rey los padecimientos de la gota –utilizando pediluvios<sup>10</sup> de agua tibia– por lo que el soberano, agradecido, lo hizo llamar “El Divino Vallés”.

En este mismo lapso, pasaron a la recién descubierta América que solía llamarse todavía “las Indias Occidentales”, algunos médicos destacados, que traían además en algunos casos la misión de observar e informar sobre las novedades que fueran encon-

trando en sus viajes. Aquí caben nombres como los de Diego Alvarez Chanca, viajero con Cristóbal Colón en su segunda travesía; Nicolás Monardes, sevillano (1493-1588), quien llegó a tener en su ciudad natal un jardín botánico con plantas curativas traídas del Nuevo Mundo, incluyendo curare y tabaco; Pedro López de León, quien ejerció en Cartagena de Indias como ya se dijo; y Fray Agustín Farfán, de cuya experiencia en México resultó uno de los primeros libros médicos escrito y publicado en este continente.

Como era frecuente por aquellas épocas y sigue ocurriendo en muchos lugares del globo, los avances y maravillas conseguidos por sabios e investigadores como los mencionados tenían muy poca, a veces ninguna repercusión en la manera como se atendía a los enfermos en la realidad de aldeas y campos; allí, los médicos eran pocos y en su mayoría continuaban obrando con mentalidad medieval, atentos a la teoría de los cuatro humores mencionados atrás –sangre, linfa o pituita, bilis amarilla y bilis negra o atrábilis– cuyo desequilibrio, como el de los cuatro estados de la materia –humedad, sequedad, calor y frío– sería la enfermedad. Cervantes conocía sin duda las dos caras del asunto, al menos en lo general porque no hay razón para suponerle mejor informado que cualquier persona culta y “viajada” de entonces; ello explica las alusiones, explicaciones y vocabulario que utiliza en *El Quijote*.

### ¿Qué se encuentra en *El Quijote*?

La lectura cuidadosa de estas páginas inmortales muestra en primer término la necesidad de considerar y reseñar por separado “*El Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*”, en el habla común “la primera parte”, y la “Segunda parte del Ingenioso Cavallero don Quixote de la Mancha”; en efecto, difieren notoriamente una y otra no sólo en la clase de ocurrencias mencionadas sino en la actitud que adopta frente al tema el autor a través del presunto sabio Cide Hamete Benengeli; trata la primera parte sobre todo de golpes y heridas, con las respectivas curaciones y remedios, mientras en la segunda van las enfermedades no traumáticas y brilla la figura del médico cortesano, cuyas decisiones padece Sancho Panza metido a gobernador.

Ya en el capítulo I se encuentra, como parte de la descripción introductoria del personaje principal, su dificultad para entender y encuadrar dentro de la más elemental lógica unas partes de los libros de caballerías, concretamente “las heridas que don Belianís daba y recibía, porque se imaginaba que, por grandes maestros (médicos, cirujanos) que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de

<sup>10</sup> Pediluvio, inmersión de los pies en un líquido, que podía tener medicamentos disueltos en él.

cicatrices y señales" (I - I - 29)<sup>11</sup>; y pocos renglones más adelante, la célebre explicación "y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro (cerebro) de manera que vino a perder el juicio" (I - I - 30).

En el tercer capítulo, el avisado ventero que tan rápido se posesiona de su papel de ilustre señor de castillo, aconseja a don Quijote que lleve siempre consigo dinero y los medios para curarse heridas; como refuerzo de su consejo dice que los caballeros andantes, aunque en los libros no esté escrito, "llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos" y si tal cosa no tenían, eran sus escuderos quienes iban "proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas (trozos de tela apropiados para cubrir y vendar heridas) y ungüentos para curarse" (I - III - 43).

### Heridas y lesiones

De allí en adelante, menudean los golpes, heridas y otras lesiones, sufridas por el propio don Quijote y, a partir del capítulo VIII, también por su escudero Sancho Panza, pero en siete ocasiones propinadas a individuos con quienes el encuentro se realiza en circunstancias que llevan al caballero a verlos como enemigos más o menos fabulosos y "encantados", al estilo de los descritos en sus libros preferidos.

Dos desprevenidos arrieros de mulas fueron los primeros que probaron, para su gran perjuicio, la buena madera de que estaba hecha la lanza y la fuerza de los brazos quijotescos. Alojados en la venta junto con su recua, se les ocurrió dar agua a sus animales en altas horas de la misma noche en que el todavía aspirante a caballero andante realizaba la ceremonia de "velar las armas"; ignoraban ellos todo lo relativo a tal ceremonia, no les pareció mal quitar de la pila o cuba del abrevadero algunos extraños objetos que les estorbaban su propósito y por ello, sin darse casi cuenta, recibieron la arremetida de don Quijote, quien se sintió ofendido en algo casi sagrado y sin vacilar se defendió con un golpe en la cabeza de cada arriero, ambos garrotazos tan tremendos que sin romper la lanza sí abrieron las cabezas de los infelices y los dejaron aturdidos por un rato (I - III - 44, 45).

Peor suerte corrió el valiente escudero vizcaíno que trató de defender a la pasajera del coche (I - IX - 88, 89) y se atrevió a descargar sobre Don Quijote su espada, desarmándole todo el lado izquierdo y llevándose de paso la mitad de la oreja de ese lado, porque la respuesta llegó sin demora en la espada del caballero, que cayó sobre la cabeza del vizcaíno con tanta fuerza que, a pesar de la protección que le daba una almohada que tomó del coche para usarla como

escudo, lo puso a sangrar por boca y narices, derribándolo casi de su mula que de todos modos lo lanzó al suelo al corcovear asustada por la pendencia.

Antes de esta herida, que cura uno de los bondadosos cabreros con hojas de romero que "mascó y las mezcló con un poco de sal y aplicándosela a la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no había menester otra medicina, y así fue la verdad" (I - XI - 102), había recibido Don Quijote fuerte golpe al caer de Rocinante cuando arremetía contra el deslenguado mercader que se atrevió a dudar de la belleza de Dulcinea, y además los golpes que un mozo de mulas de la misma caravana le propinó, hasta romperle en las costillas su propia lanza (I - IV - 54, 55); apenas se había recuperado de tales agresiones, cuando al iniciar su segunda salida por el campo de Montiel, creyó ver gigantes donde había molinos de viento y arremetió contra ellos, con el resultado de otra caída violenta porque la nueva lanza que llevaba apoyada en el ristre, se engarzó en el aspa del molino y al tiempo que se volvía pedazos, envió contra el suelo a caballero y rocín (I - VIII - 76), con la imaginable secuela de dolores y maltratos.

Entre las lesiones a personajes secundarios, deben anotarse durante la primera salida los muchos azotes que un Labrador daba con una pretina o correa a un muchacho, criado suyo, quien al parecer había descuidado el hato que se le encargaba cuidar (I - IV - 49, 51).

Al comenzar la segunda salida, recién pasado el episodio de los molinos de viento, recibe Sancho los primeros de los muchos golpes que le caerán en su nueva condición escuderial; son los puntapiés que le propinan los mozos sirvientes de los dos frailes de San Benito (I - VIII - 80) contra quienes carga Don Quijote cuando los toma por malvados guardianes del coche que por coincidencia pasa al tiempo con ellos; tantas fueron las coces, que no sólo impidieron a Sancho despojar al religioso caído sino lo dejaron inconciente por un rato, no tanto que se perdiera la batalla entre su amo y el vizcaíno, ya mencionada.

Rocinante y su poco usual deseo de holgorio con las jacas gallegas, provocó la siguiente paliza para el andante caballero, que por vengar los palos que sobre su rocín hicieron caer los arrieros yangüeses que llevaban las jacas, se enfrentó a ellos con su espada pero a pie y sin demora fue a su vez molido a estacazos (I - XV - 131), de los que recibió también algunos Sancho Panza.

En la venta hacia la cual se dirigió Sancho enseguida con su maltratado señor, con emplastos que le aplican por todo el cuerpo curan la ventera y su hija

<sup>11</sup> Las referencias (parte, capítulo y páginas) corresponden a la edición del IV Centenario, realizada por la Real Academia Española y la Asociación de Academias de la Lengua Española, Editorial Alfaguara, 2004

a don Quijote (I – XVI – 138, 139) pero poco va a durarle el beneficio, porque otro arriero, que pasaba la noche en dicha venta, complica la obra de los yangüeses al agregar en la oscuridad un fuerte puñetazo que bañó en sangre la boca de Don Quijote y algunos pisotones sobre sus ya abrumadas costillas, como medida para defender a la Maritornes que al venir en su busca, se vió en los brazos del muy desorientado caballero (I – XVI – 143, 144). Se armó entonces, por encima de Don Quijote que se había desmayado, un intercambio de golpes en el que participaron con fuerza pero a ciegas el arriero, Sancho, el ventero que acudía a ver lo que pasaba y la propia Maritornes. Y poco más tarde, también un cuadrillero de la Santa Hermandad Vieja de Toledo que intentó usar su autoridad para imponer orden pero terminó golpeando con un candil lleno de aceite a Don Quijote, recién despierto de su desmayo (I – XVII – 148).

No pasaron a peores, por fortuna, los malentendidos de esa noche; pero aún debía recibir el héroe de la historia otras cuatro agresiones, y el escudero dos además de una manteada, antes de que regresaran temporalmente a sus hogares.

El mantear, es decir, hacer rebotar el cuerpo de una persona repetidas veces sobre una manta que los manteadores sostienen asiéndola por los bordes para mantenerla tensa, era chanza pesada o agresión disimulada entre gentes del pueblo. A Sancho deciden aplicársela nueve huéspedes de la venta, cuando él se niega a pagar los gastos de la triste noche que acaban de pasar y para ello alega fueros de caballería andante que en semejante ambiente no acepta ni entiende nadie (I – XVII – 152, 153). La involuntaria serie de saltos y volteretas dejaba a la persona golpeada y adolorida.

Es de nuevo Don Quijote quien recibe dos violentas pedradas, disparos de las hondas de dos pastores que defienden a sus rebaños porque acaban de ver perecer alanceadas algunas de las ovejas, cuando al señor hidalgo le parece que se trata de dos ejércitos enfrentados para descomunal batalla (I – XVIII – 161, 162) y decide tomar partido a favor del “valeroso emperador Pentapolín del Arremangado Brazo”; Tanta es la fuerza de los dos impactos, que cae de la silla y aunque no pierde el conocimiento, sí queda con varios dientes menos, dos dedos de la mano machucados y tal sensación de malestar, que solo el bálsamo de Fierabrás que estaba tomando cuando le llegó la segunda piedra, parece ofrecerle alguna mejoría; pero también eso falla y todo lo que obtiene es vomitar lo que llevaba en el estómago (I – XVIII – 163) sobre las barbas de Sancho, que se acercaba a comprobar los destrozos hechos por las piedras en la dentadura de su señor...

No parece que en la pendencia general que se armó en la misma venta de la primera noche, cuando por ella pasó otra vez don Quijote que ahora iba en compañía de Don Luis, Don Fernando, Cardenio, el

oidor, el cura y el barbero (I – XLV – (469, 470), hubiera recibido ninguno de ellos golpes muy fuertes, como sí se los dieron a los cuadrilleros de la Santa Hermandad con quienes resultaron enfrentados. Fueron abundantes, en cambio, los “mojjicones” que el cabrero Eugenio, agredido verbalmente y golpeado con un pan por las narices, devolvió a Don Quijote cuando pudo ponerse sobre él (I – L II – 522, 523); y remató ese episodio el garrotazo que uno de los disciplinantes dio al caballero con el cabo restante de la horquilla que el golpe de la espada había partido en dos, (I – L II – 525) tumbándolo del caballo y terminando de convencerlo para que volviera a casa.

Las páginas de la “Segunda Parte del ingenioso cavallero don Quixote de la Mancha”, como se dijo atrás, no recogen sino un par de agresiones físicas contra él y así contrastan mucho con lo que se acaba de resumir; por cierto, la primera lesión es muy poco usual, pues se trata de los arañazos que un gato furioso le hace al prendérsele en las narices (II – XLVI – 898) cuando se siente acosado por los mandobles y cuchilladas que lanza con la espada el caballero, pensando que se enfrenta a malandrines encantados, mientras el duque y su corte se divierten con la broma de los gatos con cencerros que ellos idearon. La segunda lesión son los abundantes pellizcos que alguien, inmediatamente después de azotar con una chinela a la dueña Rodríguez, da en la oscuridad a Don Quijote, como castigo por contar la dueña intimidades vergonzosas de su ama la duquesa.

En esta segunda parte, las restantes menciones a golpes o heridas se refieren al “Caballero de los Espejos”, vale decir el bachiller Sansón Carrasco, derribado por Don Quijote cuando se atrevió a desafiarlo (II – XIV – 654) pero luego no alcanzó ni siquiera a poner su lanza en ristre; a Sancho, quien por rebuznar (II – XXVII – 765) se lleva un varapalo que al venir la noche “se hacía sentir mas por el sereno”; a don Vicente, que muere de los balazos que le propina su enamorada, Claudia (II – LX – 1011, 1012); y a uno de los bandidos de la cuadrilla de Roque Guinart, muerto por su jefe de un tajo en la cabeza “por destlenguado y atrevido” (II – LX – 1017) cuando le criticó haber regalado parte del botín de un asalto.

## Enfermedades y remedios

Exceptuadas las alusiones a la “pérdida del juicio” de don Alonso Quijano, la primera frase que en la obra se refiere a enfermedad no menciona ser humano sino a Rocinante, pues se afirma que un dibujo que ilustraba el presunto escrito de Cide Hamete Benengeli, lo mostraba “maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan hético confirmado” (I – IX – 87) y con ese término, hético, se le atribuye estar minado y consumido por la tisis o tuberculosis.

Dos enfermedades de la dentadura, "neguijón" y "reuma", menciona don Quijote preocupado por saber cuantas muelas y dientes perdió por las pedradas de los pastores (I – XVIII – 165); y se lamenta con razón cuando Sancho le responde que apenas le quedan "en esta parte de abajo... dos muelas y media, y en la de arriba, ni media ni ninguna"; según el DRAE<sup>12</sup> se entiende por neguijón una enfermedad que ennegrece y destruye los dientes, la misma que hoy se llama caries dental; en cuanto a reuma, bajo este término se agrupaban diversas molestias en las que el cuadro clínico incluía dolor, inflamación y alguna secreción, lo cual en la boca correspondía probablemente a inflamaciones de las encías o periodontitis. También a las muelas, o mejor a Santa Apolonia que se tenía por patrona de ellas, se menciona poco antes de que comience la última salida de don Quijote, pues el bachiller Sansón Carrasco le recomienda al ama (II – VII – 594) que "vaya rezando la oración de Santa Apolonia, si es que la sabe" mientras él llega a buscar la manera de impedir que el testarudo hidalgo "se salga por la puerta de su locura", pero ella le argumenta que tal haría si su amo estuviera mal de las muelas, pero como lo está de la cabeza...

Los temblores como síntoma se mencionan en tres ocasiones y se distingue entre el "temblor de azogado", intoxicado por el azogue o mercurio que se usaba para preparar medicamentos, entre ellos los usados contra la sífilis, y el temblor que acompaña a las fiebres palúdicas, "un temblor como de grave accidente de cuartana". En los tres casos, sin embargo, la mención es metafórica porque Sancho tiembla de susto (I – XIX – 167) y de lo mismo le castañetean los dientes como si tuviera "fríos de cuartana" (I – XIX – 168), don Quijote lo hace de ira (II – XXXII – 792) y Clara, por la emoción de oír el canto de quien reconoce, por la voz, es su enamorado (I – XLIII – 447). Una metáfora médica sirve igualmente al desterrado judío Ricote (II – LXV – 1052) para calificar la forma rígida e inmisericorde como se expulsa a sus correligionarios de todo el territorio español, pues dice que el encargado de tales medidas, don Bernardino de Velasco, conde de Salazar, usa "antes del cauterio que abrasa que del unguento que molifica".

Las enfermedades febriles, que además de la malaria comprendían diversas infecciones, tuvieron acentuada gravedad hasta el descubrimiento de los antibióticos en el primer tercio del siglo pasado; a una de ellas, "calenturas pestilentes", se le adjudica la muerte del caballero cuyo cuerpo transportan unos sacerdotes entre Baeza y Segovia (I – XIX – 170), caravana que recibe el ataque de don Quijote porque

no se le dieron pronto las explicaciones sobre lo que sucedía con tal procesión en medio de la noche.

La alteración del olfato que acompaña al resfriado común, que se llamaba "romadizo", le sirve al ingenioso hidalgo para explicar el "olorcillo algo hombruno" que dice Sancho haber sentido cuando presuntamente se acercó a Dulcinea (I – XXXI – 312) y que por supuesto en nada se parecía a lo que imaginaba el enamorado caballero, "un tufo o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero", olor a "aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído".

En la novela del Curioso Impertinente, Anselmo reconoce que persistir en su pretensión de poner trampas para probar la honestidad de su esposa es como padecer "la enfermedad que suelen tener algunas mujeres, que se les antoja comer tierra, yeso, carbón y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, cuanto más para comerse" (I – XXXIII- 340); esta condición se clasifica en la actualidad como trastorno del comportamiento y lleva el nombre de "pica".

El sentimiento entre asombro y miedo con que han visto siempre las crisis de epilepsia y los episodios de parálisis aquellas personas no versadas en medicina, surge en esta obra como descripción metafórica, al decir que Sancho cuando vio la tremenda fealdad de la nariz que mostraba el escudero que acompañaba al Caballero del Bosque, "empezó a herir de pie y de mano como niño con alferecía" (II – XIV – 651) que sin duda es temblar violentamente por semejanza con las convulsiones de la alferecía (epilepsia); también, para explicar el origen del apellido Perlerina, que se atribuye a "una familia riquísima" pero cuyos miembros "son perláticos" (II – XLVII – 906), padecen "perlesía" que en la página 714 del DRAE ya citado, se define como "resolución o relajación de los nervios, en que pierden su vigor y se impide su movimiento y sensación", en una palabra, parálisis. No deja de aparecer también y en el mismo episodio, en boca del descarado labrador que quiere casar a su hijo con la Perlerina, la visión popular de los ataques epilépticos como manifestaciones de posesión por el demonio (II – XLVII – 907).

"Váguídos de cabeza, indigestiones de estómago" dice don Quijote, al discurrir sobre las armas y las letras (I – XXXVIII – 396), que son molestias inherentes a los esfuerzos para llegar a ser "eminente en letras", pues los mareos o vértigos causados por hambre y las alteraciones de la digestión del mismo origen están en el habla popular desde tiempos antiguos, como lo está la idea de que no se hace rico ni vive con muchas comodidades quien se dedica intensamente a labores intelectuales. Y en su dedicatoria de la segunda parte al Conde de Lemos, Cervantes usa dos términos

<sup>12</sup> DRAE: Diccionario de la Real Academia Española (de la Lengua), edición de 1780.

médicos, "hámago y náusea", para describir con mayor énfasis el gran desagrado (mal sabor en la boca y deseos de vomitar) que le provocan las páginas del llamado "Quijote de Avellaneda", el libro con que alguien pretendió aprovecharse del éxito evidente de "El ingenioso hidalgo...".

Casi con cada descripción de golpes o heridas aparece el verbo "bizmar" y su sustantivo "bizma". Así, el Caballero de los Espejos y su escudero buscan "algún lugar donde bizmarle y entablarle las costillas" después de la caída que sufre el disfrazado bachiller Sansón Carrasco en su encuentro con don Quijote (II – XV – 656); Sancho, tras el asalto nocturno contra la insula que gobierna (II – LIII – 957) pide a su médico Pedro Recio y a otros circunstantes que se aparten y lo dejen ir, "que me voy a bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas"; es el DRAE otra vez quien nos informa que bizma es "emplasto para confortar, se compone de estopa, aguardiente, incienso, mirra y otros ingredientes" y el mismo diccionario anota, para el aceite de Aparicio que la enamorada Altisidora aplica a don Quijote al curarle las heridas que le produjeron los gatos con cencerros (II – XLVI – 898), que se consideraba como muy costoso, hasta el punto de decir "caro como aceite de Aparicio". Médico del Siglo XVI fue Aparicio de Zubia, a quien se le atribuye la invención de este preparado cuyo ingrediente principal, se dice, era el Hipérico o corazoncillo<sup>13</sup>, planta gutífera que produce una resina al parecer con propiedades cicatrizantes.

Herencias de la Edad Media y algunas aún anteriores, muchas creencias populares sobre temas de enfermedades y lesiones encuentran sitio en El Quijote. Al elogiar la amistad entre Rocinante y el asno de Sancho, se afirma que los hombres han aprendido de las bestias (II – XII – 633) "muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristal, de los perros el vómito"; se creía, en efecto, que las cigüeñas usaban su largo pico para introducirse unas a otras remedios por el ano (aplicarse clíster o lavativa) cuando los necesitaban, y que los perros comían ciertas hierbas para provocarse el vómito y así limpiar el interior de su estómago o, como algunas personas creen todavía hoy, el hígado afectado por alimentos inconvenientes. Cuando se desarma y desviste don Quijote en casa de don Diego (II – XVIII – 680, 681) se entera el lector de que llevaba la espada pendiente "de un tahalí de lobos marinos, que es opinión que muchos años fue enfermo de los riñones", vale decir de piel de foca porque el contacto con ésta se tenía por eficaz contra las piedras (cálculos) renales y la gota.

Las "dos fuentes"<sup>14</sup> en las dos piernas" que según la dueña Rodríguez tiene su ama la duquesa, "por donde desagua todo el mal humor de que dicen los médicos está llena" (II – XLVIII – 916), son como se anotó atrás, también herencia medieval pero aceptada por los médicos; este es el detalle vergonzoso que vale a la dueña chancletazos por revelarlo y a don Quijote pellizcos por oírlo.

### El bálsamo de Fierabrás

Aunque no pertenece a los tratamientos médicos que podríamos llamar "oficiales" para la época, el bálsamo de Fierabrás tiene frecuente presencia en las novelas y los libros de caballerías, así como en las ideas mágicas que de la medicina guarda el pueblo. A él se refiere don Quijote por primera vez cuando Sancho, al ver cómo le sangra la oreja herida por la espada del vizcaíno, le encarece que se cure y le ofrece para hacerlo "hilas y unguento blanco" que dice tener en sus alforjas; "Todo eso fuera bien excusado", es la respuesta, "si a mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabrás, que con una sola gota se ahorrarán tiempo y medicinas" (I – X – 92). Ante la pregunta del asombrado escudero, don Quijote no sólo asegura saber de memoria la receta sino describe las cualidades de la sustancia con un ejemplo estupendo: si en alguna batalla "me han partido por medio del cuerpo", solo será necesario juntar las dos mitades con cuidado "antes que la sangre se yele" (se coagule) y darle a beber dos tragos del bálsamo, con lo que volverá a quedar "más sano que una manzana"; la sorpresa es tal, que Sancho ofrece renunciar a ínsulas y pagos si se le enseña fórmula tan maravillosa, aunque su malicia o buen juicio elemental le hacen comenzar diciendo "si eso hay", si semejante cosa de veras existe.

La preparación solo se viene a realizar con el aceite, vino, sal y romero que suministra el ventero (I – XVII – 148, 149), al terminar la noche en que tantos golpes caen sobre el ya aporreado caballero y sobre su escudero que en la venta buscaron refugio y auxilio pero encontraron sobre todo equívocos y malas interpretaciones subrayadas con agresiones. Mezclados los cuatro simples o componentes, don Quijote los pone al fuego en una olla y los deja cocer por largo rato, para luego pasar lo que ha obtenido a una aceitera o alcuza de hojalata y rezar sobre ella "mas de ochenta" padrenuestros, avemarias, salves y credos, acompañando cada palabra con una cruz "a modo de bendición", lo que cierra el proceso y deja el bálsamo

<sup>13</sup> El dato aparece en la página de Internet <[www.rincondelvago.com/curanderia](http://www.rincondelvago.com/curanderia)>

<sup>14</sup> "Fuente: llaga pequeña y redonda abierta artificialmente en el cuerpo humano con fuego, o con cáustico, para purgar y evacuar los humores superfluos". DRAE, edición de 1780, página 485.

listo para la prueba. Como se siente tan mal, don Quijote bebe casi todo lo que no alcanzó a pasar de la olla a la alcuza; lo sobrecoge enseguida vómito intenso y abundante, seguido de tal sudor y decaimiento que se queda dormido; pero al despertar, más de tres horas después, había descansado tanto que de verdad creyó estar curado por la virtud de su menjurje.

Bien distinta suerte corrió Sancho Panza, quien al ver ese resultado quiso aprovechar también para aliviar sus dolores y bebió los restos de la olla; su estómago, menos delicado, aguantó un rato antes de expulsar la mezcla; la consecuencia fue tal cantidad de "ansias, bascas, trasudores y desmayos" por casi dos horas (I – XVII – 150), que no solamente pensó morir sino terminó sintiéndose mucho peor que antes del remedio y muy descontento con la explicación quijotesca de que todo se debía a no ser él, Sancho, armado caballero. Quizá para fortuna de amo y criado, la alcuza y su contenido desaparecen al golpe de una de las piedras que lanzan los pastores, en el episodio de los rebaños de ovejas imaginados como ejércitos del emperador Alifanfarón de la Trapobana y del rey Pentapolín del Arremangado Brazo.

### El célebre Pedro Recio

La figura del médico que, según uso de la época, pertenece al cortejo de Sancho Panza cuando éste se convierte en gobernador de la "ínsula Barataria", es delineada por Cervantes con gran detalle y no poca ironía. Aparece todavía sin nombre pero solemne y con "una varilla de ballena en la mano", cuando el recién posesionado gobernador va a satisfacer su apetito (II – XLVII – 899 y sig.) y sin duda tiene todas las esperanzas de un hartazgo como nunca antes ha podido darse; aunque nada se dice de su atuendo, se lo puede imaginar vestido con los calzones llamados gregüescos, jubón ajustado al torso, todo ello negro y como único adorno blanco bajo la barba abundante que solían usar médicos y letrados, un cuello simple o valona, porque las lechuguillas voluminosas de encaje cuidadosamente plegado se reservaban para personas de alcurnia y dinero<sup>15</sup>.

El personaje toca con su varilla todos los platos que se ponen sobre la mesa delante del hambriento y cada momento más desilusionado Sancho, los sirvientes los levantan y alejan con gran presteza, y ante la pregunta y molestia del directo perjudicado viene la respuesta en tono doctoral: "Yo, señor, soy médico y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gober-

nadores de ella, y miro por su salud mucho más que por la mía"... A lo cual sigue una sarta de explicaciones que se concretan en que no podrá el hambriento comer nada de lo sabroso que hay en la mesa, apenas "un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo", delgados barquillos de hojaldre y mínimos pedazos de fruta que no alcanzarían siquiera a disimular ni mucho menos aplacar la necesidad de quien ha pasado muchas horas en ayunas.

Decide Sancho en ese momento preguntarle su nombre y títulos, a lo cual oye contestar:

"Yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Recio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóvar del Campo, a la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna".

La nota puesta en la edición que se viene citando (II – XLVII – 902) señala que era la de Osuna universidad poco importante y que no tenía estudios de medicina, lo que sin duda sabían las personas cultas de aquella época; Tirteafuera, si alguna vez existió, sería lugarejo de algunas pocas casas perdido en los campos de la actual provincia de Ciudad Real. Estos datos permiten deducir la calidad profesional de quien, a pesar de todo, posa de médico con gran suficiencia pero es tildado enseguida por Sancho de "mal médico, verdugo de la república", a quien amenaza con matar si no sale inmediatamente de su vista, ya que no se ajusta a lo que él considera que es un médico sabio, prudente y discreto, porque si lo fuera habría de ponerlo sobre su cabeza y honrarlo como a persona divina.

Los argumentos que el mal mirado Pedro Recio, de Mal Agüero como lo moteja el enfurecido Sancho, utiliza para prohibir cada manjar y darlo por inconveniente a la salud de éste, imitan bien el lenguaje de los galenos que seguían teniendo la mentalidad humoralista del medioevo. La fruta por "demasiadamente húmeda", el segundo manjar por "demasiadamente caliente y tener muchas especies", las perdices apelando a un latinajo que según afirma es aforismo de Hipócrates<sup>16</sup> y prohíbe hartarse de perdices, los conejos guisados por ser "manjar peliagudo", la ternera asada y en adobo porque "no hay para qué", la sabrosa olla podrida por ser cosa "compuesta" y no haber cosa "de peor mantenimiento", nada parece satisfacer el exigente criterio del presunto doctor que, sin embargo, no alcanza a engañar el buen criterio elemental de su "paciente" que se rebela pero no tiene tiempo de resarcir el daño y comer algo porque llega el correo en que el duque, organizador de toda la gran

<sup>15</sup> Ver la Enciclopedia Universal Espasa, tomo LXIII, apartado "Traje", páginas 656 a 700.

<sup>16</sup> Entre los libros que forman el llamado "Corpus Hipocrático", tuvo gran aceptación y uso el de los Aforismos, sentencias breves que resumen un punto del conocimiento médico en forma que se puede aplicar a casos concretos lo que en cada uno de ellos se explica.

mascarada y bromista empedernido, anuncia el ataque de enemigos contra la insula y pide al gobernador prepararse para combatir y defender sus posesiones. Ante la emergencia, la primera disposición de Sancho es enviar a un calabozo al doctor Recio porque no le vaya a dar "muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre", orden de la cual no queda otra duda que el adjetivo "adminícula" inexistente en la realidad de nuestro idioma.

No alcanza a cumplirse tan fuerte sentencia ni se produce el anunciado ataque; por el contrario, sigue su curso la serie de bromas ideadas por los duques para divertirse a costa de Sancho, quien debe tolerar otras entromisiones del doctor Recio en su alimentación, pues le hace desayunar "un poco de conserva y cuatro tragos de agua fría" (II – LI – 938) con la explicación de que "los manjares pocos y delicados avivan el ingenio", cosa que conviene mucho a quienes tienen mando y "oficios graves"... Y aunque por una vez le permite cenar "un salpicón de vaca con cebolla y unas manos cocidas de temera", el informe para don Quijote en la carta que firma "Sancho Panza, gobernador" asegura (II – LI – 943, 944) que en su insula no ha encontrado peligro de muerte distinto de "un cierto doctor que está en este lugar asalariado para matar a cuantos gobernadores aquí vinieren; llámase el doctor Pedro Recio y es natural de Tirteafuera... dice de sí mismo que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan; y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos", idea que coincide con la que a plena voz ha pregonado Sancho ante sus acompañantes (II – XLIX – 917) en la sala de gobierno: "...yo, que no le doy de comer a la mía (a mi naturaleza) merced al señor doctor Pedro Recio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios a él y a todos los de su ralea: digo, a la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y lauros merecen".

### **Profesión respetable...**

No sale bien parado el doctor Pedro Recio de sus intentos por controlar la comida del gobernador en su cortísimo tránsito por las alturas del poder, pero como se observa, ello no significa que Cervantes, hijo de cirujano, vea con malos ojos o sienta desprecio por la medicina y los médicos. Por el contrario, varias son las menciones elogiosas y en boca de don Quijote se hallan consejos atinados, para Sancho precisamente, sobre la manera de conservar la salud.

El enamorado Cardenio, al insistir en su voluntad de dejarse morir por amor, dice a los circunstantes que cualquier otro consejo, aunque a ellos les parezca bueno para aliviarlo, le servirá "lo que aprovecha la medicina recetada de famoso médico, al enfermo que recibir no la quiere".

Cuando el joven don Lorenzo de Miranda le pregunta si "ha cursado las escuelas, ¿qué ciencias ha oído?", (II – XVIII – 682) responde don Quijote con apasionada descripción de la caballería andante como "una ciencia que encierra en sí todas o las más ciencias del mundo" y afirma que el caballero andante debe ser jurisperito, teólogo, astrólogo, matemático, ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales y "ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas". La duquesa encarece las cualidades del discurrir quijotesco (II – XXXII – 801) con la frase "cuanto vuestra merced dice va con pie de plomo y, como suele decirse, con la sonda en la mano", porque el médico al sondear una herida lo debía hacer con gran cuidado y suavidad; tiene sentido similar la respuesta de Sancho a la duquesa, cuando acepta que "ese escrúpulo (el de dar al escudero autoridad para que gobierne a otros, cuando no se sabe gobernar a sí mismo) viene con parto derecho" (II – XXXIII – 808); también el llamar al sol "médico" (II – XLIV – 887) porque en él se personificaba a Apolo, deidad de la medicina en el Olimpo griego.

Al bandido Roque Guinart, cuando tiene ocasión de oírle sus explicaciones sobre la razón de su vida y actos malvados, le recuerda el hidalgo manchego (II – LX – 1014) que "el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo la medicina que el médico le ordena". Y Sancho, a punto de entrar en su propia aventura de la gobernación, escucha de su amo consejos singularmente apropiados y sabios, entre ellos dos que parecen salidos del famoso libro medieval "Régimen de salud de Salerno"<sup>17</sup> y que son éstos:

"Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra" (II – XLIII – 872).

### **Últimos comentarios**

Llama la atención como detalle médico la diferencia entre el verdadero Quijote, que termina sus andanzas y vuelve a su hogar para morir, sin haber sufrido jamás reclusión en asilo de locos, y el llamado

<sup>17</sup> "Regimen sanitatis Salernitarum", obra escrita en la famosa escuela de medicina que revivió la enseñanza de esta ciencia en Europa hacia el año 1300 de nuestra era; ella recoge consejos para conservar la salud, siguiendo la mentalidad humoralista y galénica.

“Quijote de Avellaneda” a quien ese autor sí pone en una de tales instituciones, que en España existían desde el Siglo XV<sup>18</sup>. Se puede pensar que para Cervantes, el ingenioso hidalgo no está “loco de atar” sino embaucado por los personajes y aventuras de sus libros predilectos, que en ciertos momentos logran cambiarle la percepción de la realidad pero en otros son comprendidos como “ideales irreales” que don Quijote quiere voluntariamente aceptar aunque entienda que no existen.

Según opina el catedrático emérito de Psiquiatría y miembro numerario de la Real Academia de Medicina de Madrid, don Francisco Alonso Fernández<sup>19</sup>, tiene don Quijote una locura lúcida, un delirio expansivo-eufórico que se clasifica como delirio de autometamorfosis, variedad de los delirios de falsa identificación de sí mismo, que a su vez genera una constelación de falsas identificaciones de otras personas, animales y objetos; para el doctor Alonso Fernández, la pertinaz lectura de libros de caballerías no es causa de su delirio sino un síntoma precoz del mismo. La tesis del distinguido académico, hasta ahora inédita, parece confirmarse con los episodios que preceden a la muerte (II – LXXIV – 1100), cuando anuncia al ama, la sobrina y los amigos cercanos que “ya no soy yo don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron renombre de bueno”.

Pero llega tarde esa recuperación de la mente; abruma ya al hidalgo la desilusión, la melancolía, y sobre su cuerpo mal nutrido cae una alteración cardíaca que el médico llamado para atenderlo (de cuyo nombre Cervantes no quiso acordarse...) capta en los cambios del pulso y considera grave; se trató probablemente de insuficiencia cardíaca rápidamente progre-

siva, sin mayor congestión pulmonar pero con repercusión cerebral que le causa frecuentes desmayos (pérdidas transitorias de conciencia) a lo largo de tres días y luego un tranquilo final.

Tal vez el consejo de Sydenham que abre este trabajo a modo de tesis para explorar, debe tomarse en el mismo sentido del libro que, en 1836, escribió Antonio Hernández Morejón y que tituló “Bellezas de Medicina Práctica en el Ingenioso Caballero don Quijote de la Mancha”: la inmortal obra contiene descripciones e interpretaciones sobre la salud y la enfermedad, ante todo la enfermedad mental, de las cuales pueden destilar valiosas ideas los profesionales que tengan la paciencia y seriedad necesarias para esa clase de trabajos, nada fáciles y en los que siempre hay el gran riesgo de inventar y construir más allá de lo que realmente hay en las páginas que se estudian.

### Bibliografía

1. GLASSCHEIB H.S. “El laberinto de la Medicina”, Ediciones Destino, Barcelona, 1964.
2. LAIN Entralgo Pedro (Director) “Historia Universal de la Medicina” tomo 4, Salvat Editores S.A., Barcelona, Madrid 1973.
3. MARTI Ibáñez Félix “Centaur, essays on the history of medical ideas”, MD Publications, New York 1958.
4. MENDOZA Vega Juan “Lecciones de historia de la Medicina”, segunda edición corregida y aumentada, Centro Editorial Rosarista, Bogotá, 2003.
5. UNESCO (patrocinador) “Historia de la Humanidad”, tomos 5 y 6, Editoriales Planeta, Barcelona, y Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

<sup>18</sup> Hay constancia de uno de tales asilos en Valencia, desde 1409.

<sup>19</sup> Discurso ante la Real Academia Española de Medicina, sesión del 26 de Octubre de 2004.